

Los sueños de unidad de José Gordon

Adela Salinas

Con motivo de la publicación del libro más reciente de José Gordon, colaborador habitual de estas páginas, la escritora y periodista Adela Salinas dialoga con él sobre los vasos comunicantes entre literatura y ciencia.

Sólo José Gordon, Patricio Betteo y Sexto Piso pudieron crear un libro multidimensional como *El inconcebible universo. Sueños de unidad*.

Al pasar de una página a otra, me doy cuenta de que estoy en el *inconcebible universo* de un libro que, por su contenido y forma, sólo pudo haber nacido de mentes que corren más rápido que la velocidad de la luz. Y entonces la pregunta es de qué están hechos sus *inconcebibles* cerebros.

Porque no sólo es la información en la que —diría Sabina Berman en la presentación de este libro— se abrazan la ciencia y la literatura, ni la capacidad de hacer charlar a Einstein con Octavio Paz, como dijera Fernando Rivera Calderón, o de viajar a la infancia de Borges, a quien Pepe sienta a jugar con el hiper-cubo hecho de 64 cubos, creado por Charles Hinton en 1888, o de entender que el bosón de Higgs, mejor conocido como “la partícula de Dios”, tiene una relación directa con *La Divina Comedia*, de Dante, sino de observar lo micro y lo macro en las “figuras imposibles” que tuvo que crear Patricio Betteo para ilustrar los 31 capítulos y viajar en millones de configuraciones energéticas, a través de los QR (con fragmentos de videos con entrevistas realizadas por José Gordon) que se encuentran dispersos entre las páginas, por distintas dimensiones del tiempo y del espacio hasta que se puede tocar el infinito y la eternidad.

Con esa idea de totalidad, de integración, de hablar de su sueño, habla el niño Pepe Gordon porque como él mismo parafrasea a Bruno Schulz: “Debemos madurar hacia la infancia”.

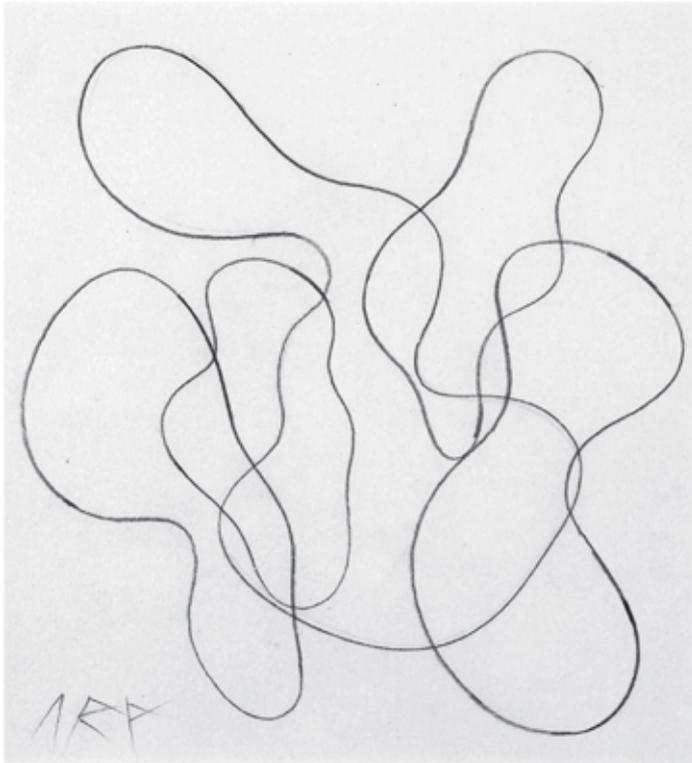
Pepe, ¿vivimos en un mundo ilusorio?

Vivimos en un mundo fragmentado, donde sólo agarramos trozos de la realidad. Desde que amanece hasta que anochece, desfilan ante nuestra vida y percepción muchos retazos de colores, vivencias y experiencias. En términos literarios, sería un relato que no tenemos coherentemente planteado.

El gran escritor Juan José Millás tiene una novela que se llama *Dos mujeres en Praga*, que arranca con un anuncio de ocasión de un periódico en el que dice: “Usted pone la vida, nosotros le escribimos su novela”. Millás plantea que todos mereceríamos tener una novela de nuestra propia vida porque vivimos fragmentariamente y no sabemos bien a bien qué tipo de historia estamos creando de nosotros mismos.

¿La literatura se vale de esa fragmentación para crear o recobrar un campo unificado?

Más bien plantea la vida menos fragmentariamente, aunque sí hay relatos que te hablan del sueño de conectarte con un nivel de la naturaleza en donde todos estamos unificados. Ese sueño está presente en



Hans ARP, *Komposition*, 1960

Borges, en un punto donde están todos los puntos del universo en *El Aleph*; está presente en Octavio Paz: “Adonde yo soy tú somos nosotros”; está presente en José Emilio Pacheco: “En una gota de agua cabe todo el universo”; está en Isaac Bashevis Singer y en algunos relatos de Homero Aridjis, donde empiezas a intuir que hay una conexión más profunda con todo lo que te rodea, más allá de las apariencias. Cierta literatura nos permite intuir que hay un pulso que nos integra. Hace poco me encontré con Etgar Keret y hablamos de los primeros textos que escribió y que recogió en un libro que se llama *Tuberías*. Ahí plantea la posibilidad de establecer unas tuberías como vasos comunicantes. Dice: “Imagínate que yo asomo mi oído por un lado del tubo, tú asomas tu oído por el otro lado y entonces la comunicación se vuelve un flujo que va de mi cerebro a tu cerebro, de mi corazón a tu corazón, de mi alma a tu alma”. Entonces, ese sueño de que todos estemos intercomunicados pasa por muy diversas experiencias de la literatura y creo que todos la hemos tenido en algún momento de nuestra vida, donde sentimos una poderosa comunión con el pulso del relato poético que estamos leyendo; eso sucede también en los momentos de profunda amistad porque, a pesar de nuestras diferencias, sentimos un pulso común de la existencia. Esto es algo que revela el arte, es algo que revela la música. La música es ese gran misterio que hace que verdaderamente vivamos una majestuosidad que nos trasciende y donde fluimos más allá de los límites de la piel en unos sentimientos muy delicados que nos integran con la vida. Ése es el sueño de la unidad como se expresa en el arte.

Lo interesante es que en la ciencia también ha aparecido ese sueño. Einstein, por ejemplo, soñó con la idea de que había un nivel de la naturaleza donde todas las leyes están unificadas. Aunque no se ha cumplido, también ha sido el sueño de varios físicos. Se expresa en términos de la Teoría del Todo, con Stephen Hawking, en términos de la Teoría de Cuerdas con los grandes científicos que están explorando esa zona y, aunque todavía hay polémica, los trabajos del físico Juan Maldacena empiezan a mostrar evidencias experimentales de conexiones inesperadas en la naturaleza.

¿Tanto la ciencia como la literatura son puertas para encontrar o desentrañar los secretos del universo?

Einstein se preguntaba por qué el universo es comprensible. Ése es un gran misterio. Cuando le pregunté esto al físico y matemático Edward Witten, con una sonrisa un poco nerviosa, me contestó: “Quizás el universo lo creó un matemático”. Los matemáticos dicen que así como existen rocas y piedras y loros, también existen las matemáticas, que no las estamos inventando. El gran físico matemático Roger Penrose me dijo que uno de los grandes misterios de la naturaleza es entender que en el nivel más profundo de lo que nos rodea hay una inteligencia matemática.

¿El misterio es matemático?

Se puede plantear el misterio en términos matemáticos, pero también en términos musicales. Por eso me llamó la atención una conversación que tuve con el novelista Amos Oz sobre una de sus primeras novelas, llamada *Tocar el agua, tocar el viento*, en la que plantea que un físico, en la soledad de su escritorio, con tan sólo un papel y una pluma, descubre unas ecuaciones que permiten entender los secretos más profundos de la naturaleza. A esa teoría unificada de las fuerzas de la naturaleza le llama “matemúsica” porque dice que tanto las matemáticas como la música comparten la idea de un ritmo y de una armonía que da coherencia a las diferentes expresiones de la naturaleza. Este físico no sólo tiene que entender la fuerza del electromagnetismo y la fuerza de gravedad, sino también la fuerza de la pasión y la del deseo.

Octavio Paz también ha tenido esa búsqueda. Él decía que la gran revolución en la física o en el conocimiento vendría cuando tuviéramos, además de las variables como e = energía y m = masa, variables como r = ritmo, i = intensidad. Así estamos hablando del sueño de la poesía de descubrir ese pulso común de la existencia a través de la metodología de la imaginación literaria. Hay que distinguir claramente que las metodologías y rigores de la ciencia y la literatura son muy distintas, pero lo interesante es que a veces apuntan hacia una dirección que puede ser común.

¿Cómo funciona tu mente para hacer este tipo de correspondencias entre escritores y científicos?

Te voy a contar uno de los sueños más hermosos que he tenido: soñaba que leía un libro que me descifraba los misterios de la naturaleza, pero lo interesante es que yo sabía que el sueño era mío y que, sin embargo, desconocía algunos aspectos que estaban dentro de ese sueño. Volteaba las páginas maravillado al descubrir que lo que había soñado se me abría como un misterio revelado. Ese misterio dice que de alguna forma estamos interrelacionados con lo que vemos, pensamos y percibimos, y que tenemos la capacidad de asombrarnos ante un sueño que nosotros mismos construimos. Borges lo planteaba en términos de asombro. Citaba a Novalis cuando planteaba que hemos visto una construcción maravillosa, una arquitectura que tiene una extraña grieta que revela que quien creó esa estructura fuimos nosotros mismos.

¿Para descubrir eso que me dices, es necesario irnos a nuestro interior?

Pasa por nuestro interior, por la construcción cerebral. El gran historiador Yuval Noah Harari plantea que hemos asumido que *Homo Sapiens* es Homero Simpson, pero que hay espectros mucho más refinados de la banda de percepción que tenemos de la realidad y que lo mismo ocurre con nuestro cerebro. Claro, la ciencia ha hecho que, a través de instrumentos y aparatos sofisticados, podamos expandir el rango de lo que podemos percibir y es por eso que tenemos registros de rayos infrarrojos y de rayos X, pero lo que no hemos experimentado es la capacidad que tiene nuestro cerebro. Es diferente ver el mundo con ojos de gato que con ojos de poeta.

¿Y nuestra conciencia?

Hay dos hipótesis: una está estrictamente relacionada con las bases materiales del cerebro y la otra, como la del matemático Sir Roger Penrose, plantea que la conciencia es un elemento básico de la misma naturaleza y en ese sentido, aunque está conectada con nuestras neuronas, va más allá del cerebro.

¿Por cuál hipótesis te inclinas más?

Por la de Penrose porque, tal vez, si la naturaleza tiene en su base matemáticas puede tener también conciencia. Lo que se está descubriendo es algo más parecido a un pensamiento. El físico Sir James Jeans planteaba que cuando hablamos del universo, siempre pensamos en términos mecanicistas, pero que los grandes avances a partir de la física del siglo XX nos llevan a ver al universo como un gran pensamiento.

¿La intuición también es matemática?

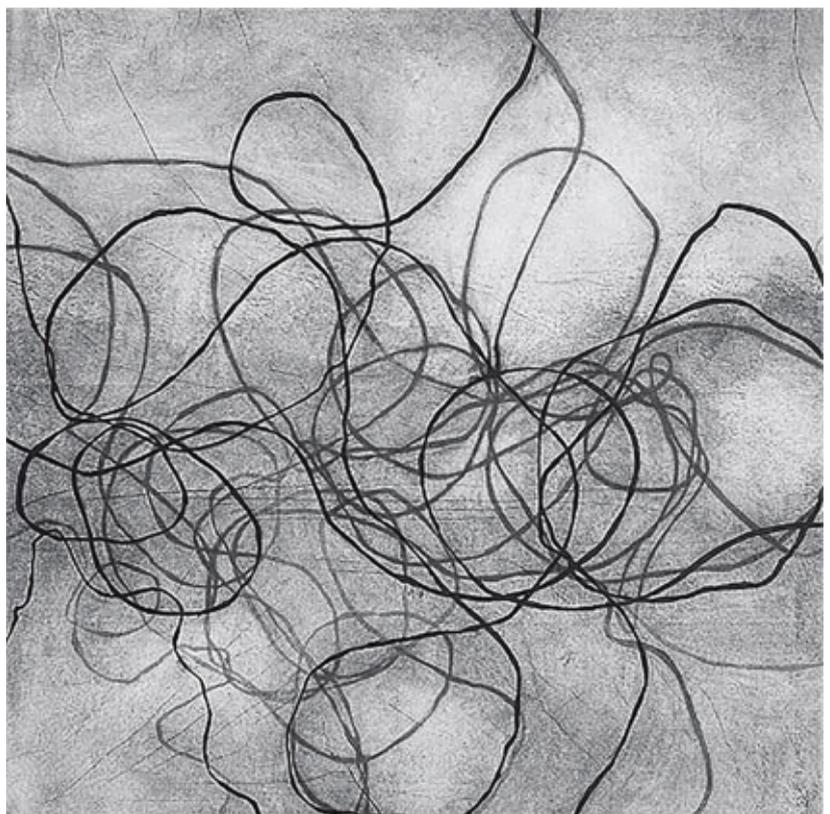
Alguien decía que la intuición no es más que un pensamiento, un proceso con muchos pasos lógicos que viaja, entre comillas, a la velocidad de la luz. No quiere decir que no haya orden, estructura y sistema. Sin embargo, se juega con una gran velocidad, y estamos hablando de intuiciones certeras, intuiciones correctas.

Háblame del papel de la imaginación tanto en la literatura como en la ciencia.

Hay varios elementos que para mí son comunes en ciencia y arte: ambas disciplinas implican hallazgos, implican capacidad de asombro, curiosidad, correlaciones y pasión por entender. En ciencia, las correlaciones se dan a través de las ecuaciones y en literatura se dan a través de metáforas. Una de las formulaciones más audaces de esta correlación, explorada en poesía, la da Octavio Paz al decir: “Las piedras son plumas” y me parece muy interesante porque no está tan lejana de las correspondencias matemáticas del físico Maldacena en donde la ciencia empieza a decir: “Un hoyo negro es un metal”. Esto es aquello.

¿Cuál es tu sueño?

Mi sueño es la experiencia de la comunión; entender si en el fondo estamos integrados, pero también es el sueño de la ciencia y de la literatura. Creo que todos hemos tenido cierto nivel de experiencia cuando nos abrimos a una sensación oceánica en la que, a través de percepciones muy finas, nos reconocemos



Hans ARP, *Ohne Titel*, 1960

más allá de los límites de nuestra piel. El arte siempre da eso. En sus momentos más grandes y refinados, confronta con la posibilidad de sentir un pulso en el que estás unido con el otro.

¿En tu caso la meditación sería otra entrada a esto?

Sí, absolutamente. Cuando la mente se va aquietando y se va haciendo más silenciosa, se abre a una percepción sutil de la naturaleza. No se plantea a nivel de creencia, sino a nivel de experiencia.

Sin embargo en el libro dices que la hipótesis de la Teoría de Cuerdas señala que todo está hecho de vibración, de sonido. ¿Qué pasa entonces con el silencio?

En este caso hay algo de las sabidurías antiguas que me mueve mucho y es la idea de que el sabio es aquel que puede ver el silencio en el sonido y el sonido en el silencio. Silencio en la actividad y actividad en el silencio, fluctuación en el vacío y vacío en la fluctuación. Esto implica que no hay que anular un nivel de la percepción para descubrir otro, sino que ambos pueden coexistir y esto es algo que siempre nos ha revelado la poesía. La paradoja es la capacidad de ver que algo puede ser, al mismo tiempo, actividad y silencio, que las contradicciones son parte de la naturaleza. En física, la misma realidad puede verse como partícula o como onda, el llamado principio de complementariedad nos dice: “Abraza la paradoja” y esto quiere decir que ambas realidades coexisten. Arthur Koestler decía: “El principio de complementariedad es una balsa verbal que nos ayuda a navegar en el mar de las contradicciones”.

¿Las contradicciones también se tocan?

Las contradicciones se abrazan y se unifican. Por lo menos en la poesía es muy claro. Walt Whitman decía: “Me contradigo. Qué bien, me contradigo. Soy tan vasto que en mí caben multitudes”. Estamos hablando de una percepción que se escapa de los límites en los que siempre nos movemos. La ciencia, cuando investiga las fronteras de la naturaleza, nos lleva más allá de la lógica común que aplicamos en la vida cotidiana que nos dice que estamos separados; pero por ejemplo, si dos partículas subatómicas han interactuado y una se comporta con un giro para arriba y la otra responde con un giro para abajo, las puedes separar a miles de kilómetros de distancia y permanecerán interactuando como si estuvieran juntas. Los físicos le llaman “entrelazamiento cuántico”. La naturaleza está conectada en un nivel entrañable, por eso también se le llama “entrañamiento cuántico”. El físico Alain Aspect descubrió que el fenómeno es real y que las partículas tienen una comunicación instantánea que va más allá de la velocidad de la luz. Esto no quiere decir

que eso ocurra a nivel macroscópico, pero es inquietante saber que estamos hechos de partículas tan profundamente correlacionadas.

¿Consideras que lo más pequeño del mundo subatómico es una puerta por donde puedes encontrar todo el universo?

Esto es muy interesante. Resulta que el Colisionador de Partículas, ubicado en Ginebra, Suiza, es un anillo de 27 kilómetros donde hacen chocar protones a velocidades cercanas a la de la luz. Los protones y partículas que hacen chocar dan 11 mil 245 vueltas por segundo. La intensidad de los choques es tal que reproduce lo que estaba pasando unos instantes después del *Big Bang*. Es decir, al estudiar lo más pequeño de lo pequeño, estás estudiando el origen del universo, estás viendo de dónde salió la energía y las partículas que después constituyeron las galaxias y lo que conocemos como gran universo. Entonces, es curioso que cuando estás estudiando lo más pequeño, estás estudiando lo más grande y te estás abriendo al origen del universo y del tiempo.

¿Hay un plano de eternidad en esto?

Es bonito pensarlo así. Octavio Paz decía: “Todo desemboca en esta eternidad que no desemboca”, que tiene que ver con la paradoja de lo que es el tiempo, la quietud y el movimiento plenamente integrados, pero al final del día, lo que me interesa es saber que estos mapas tienen la capacidad de dar una visión de interrelación que tiene consecuencias en la forma en que nos comportamos. Si estuviéramos a la altura del conocimiento que empezamos a atisbar en la ciencia y la literatura y empezáramos a sentir que estamos más integrados, creo que sería más difícil que nos lastimáramos los unos a los otros, si es que esta percepción fuera orgánica. Aquí se mueve también el problema del cerebro y su capacidad para decodificar el mundo: ¿Tenemos la capacidad de decodificarlo de manera tal que nos revele hilos de unidad que no conocíamos? El arte es un momento en que el cerebro se coloca en la capacidad de percibir hilos de unidad. Eso me parece que es importante.

Sam Pitroda, pionero de las telecomunicaciones en la India, decía que uno de los grandes problemas que tenemos es que poseemos una mentalidad del siglo XIX, procesos del siglo XX y necesidades del siglo XXI. Entonces, creo que, como nunca, es necesario actualizar nuestros mapas de conocimiento con lo mejor que nos da la ciencia y lo mejor que nos trae el arte tal vez para asomarnos a una realidad más correlacionada, más asombrosa, tal vez inconcebible, como planteaba Borges, pero que nos enfrenta al misterio y nos presenta nuevas ventanas para vernos e interrelacionarnos: “Adonde yo soy tú somos nosotros”. **U**